

SITUANIONES INQUIETANTES IX



Ronald Portillo
NEL – Caracas

EL RESTO

La pulsión agresiva en los seres humanos encontrará límite gracias a la acción de la cultura, a través de la formación de la masa o del grupo social. El grupo social necesita para su formación de la figura de un líder, sin líder no hay constitución de masa social. El líder va a facilitar la identificación entre los integrantes de una comunidad. En la medida que se ha elevado a alguien a la posición de ideal se lo convierte en un líder, de esta manera logran identificarse entre si los integrantes de un grupo. Tener un ideal común, encarnado en un líder, determina la aparición de una identificación, imaginaria o especular la llama Lacan, entre los componentes del conjunto. El hecho de identificarse al vecino a causa del líder común trae consigo una disminución considerable del “narcisismo de las pequeñas diferencias”.

Una sociedad de iguales solo es posible si se coloca al líder en el lugar del Ideal del yo, planteaba Freud. Y el factor que permite a un grupo tanto erigir un líder en el lugar del Ideal como generar una identificación imaginaria entre los integrantes de una comunidad de cualquier índole es el amor. El amor constituye el principal factor civilizatorio contra la barbarie. Sin embargo sabemos por Freud y particularmente gracias a Lacan que todo proceso psíquico, individual o de masa, deja un resto. El proceso de la acción civilizatoria del amor en la constitución del grupo social deja un resto de pulsión agresiva imposible de tramitar, un real no susceptible del tratamiento simbólico procurado por la cultura. Ese resto de real pulsional va a dirigirse entonces hacia afuera del conjunto nucleado. De esta forma el “narcisismo de las pequeñas diferencias” que había podido ser tramitado con relativo éxito al interior del grupo retoña ahora en relación a otro grupo, a su vez formado alrededor de un líder y con sus propias identificaciones especulares.



Se aprecia entonces afecto al interior del círculo y agresión u hostilidad para los considerados extraños al círculo. Queda establecida así una lógica infernal de exclusión, de segregación, de violencia entre grupos o masas sociales. Si a estos procesos se añade el discurso de un líder que estigmatice, insulte o descalifique a los integrantes del otro círculo y que el elemento simbólico que podía fungir de mediador entre los dos conglomerados, el arbitro electoral, da muestras de parcialidad, el cocktail explosivo está servido y solo será cuestión de tiempo su activación.

El llamado proceso de “polarización” entre dos grupos o masas enfrentadas en Venezuela responde punto por punto a lo aquí planteado y solo la mediación de un tercero simbólico, honesto, con suficiente valor moral y carga ética, aceptado por los dos círculos en pugna podrá detener la explosión, la que parece ya haber comenzado.
